

Eduardo Moga

Poeta y escritor

Moga, Eduardo. (2025). «La poesía de una filósofa. Análisis estilístico de algunos artículos de la revista *Semana*, de Puerto Rico». *Aurora*, 26. 88-101. ISSN: 1575-5045. e-ISSN: 2014-9107. DOI: 10.1344/Aurora2025.26.8.

Recepción: 26/8/2024. Aceptación: 22/9/2024.

Publicación: 12/2/2025

edumoga62@hotmail.com

ORCID: 0000-0002-9481-9185

© Eduardo Moga, 2025. CC BY 4.0

La poesía de una filósofa. Análisis estilístico de algunos artículos de la revista «Semana», de Puerto Rico
La poesia d'una filòsofa. Anàlisi estilística d'alguns articles de la revista «Semana», de Puerto Rico
The poetry of a philosopher. Stylistic analysis of some articles from “Semana” magazine, Puerto Rico

Resumen

El exilio condujo a María Zambrano a diversos países de Europa e Hispanoamérica. En Puerto Rico pasó largas temporadas entre 1940 y 1945, y a principios de los años sesenta escribió cuarenta y cinco artículos para la revista *Semana*, en varios de los cuales expresó su interés por los asuntos, los personajes y la historia de Hispanoamérica, y demostró que su estilo estaba radicalmente permeado de espíritu poético, que se manifestaba gracias al uso de técnicas expresivas directamente importadas de la poesía. El análisis estilístico de estas técnicas es el objeto principal de este artículo.

Palabras clave

Puerto Rico, revista *Semana*, Hispanoamérica, poesía, análisis estilístico

Resum

L'exili va portar María Zambrano a diversos països d'Europa i Hispanoamèrica. A Puerto Rico va passar llargues temporades entre 1940 i 1945, i a principis dels anys seixanta va escriure quaranta-cinc articles per a la revista *Semana*, on va expressar el seu interès pels temes, els personatges i la història d'Hispanoamèrica, i va demostrar que el seu estil estava radicalment permeat d'esperit poètic, que es manifestava gràcies a l'ús de tècniques expressives directament importades de la poesia. L'anàlisi estilística d'aquestes tècniques és l'objecte principal d'aquest article.

Paraules clau

Puerto Rico, revista *Semana*, Hispanoamèrica, poesia, anàlisi estilística

Abstract

Exile took María Zambrano to various countries in Europe and Latin America. In Puerto Rico she spent long periods between 1940 and 1945, and in the early sixties she wrote forty-five articles for the magazine *Semana*, in several of which she expressed her interest in the issues, characters and history of Spanish America, and demonstrated that her style was radically permeated by a poetic spirit, which was manifested through the use of expressive techniques directly imported from poetry. The stylistic analysis of these techniques is the main subject of this article.

Keywords

Puerto Rico, *Semana* magazine, Latin America, poetry, stylistic analysis

María Zambrano cruza la frontera con Francia el 28 de enero de 1939 y parte hacia un exilio errante, que solo ve su fin cuarenta y cinco años después de iniciarse, pocos años antes del propio fin de la escritora, en 1991. A diferencia de aquellos que se establecieron sin mudanza en el primer lugar en el que recalaron —como su gran amigo Emilio Prados, que se marcha a México y allí se queda hasta

su muerte—, parece que Zambrano haya querido sembrar de múltiples exilios el gran exilio al que se ve obligada durante la mayor parte de su vida. De Francia, su primer refugio, donde pasa muy poco tiempo, se traslada a México, donde también reside brevemente, y de allí va a Cuba, en cuya capital vive hasta 1953. En los primeros años que pasa en Cuba —luego volvería a Europa, y residiría en París, Roma y Ginebra—, viaja con frecuencia a Puerto Rico, hasta el punto de que puede decirse que vive a caballo entre las dos islas, con largas estancias en ambas, que va alternando en función de las ofertas de trabajo que recibe. Su primera visita a Puerto Rico se produce en abril de 1940, invitada por Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico, y la Asociación de Mujeres Graduadas de esa misma universidad. Allí, durante un mes y medio, dicta conferencias sobre Séneca y el estoicismo, sobre el pensamiento de José Ortega y Gasset y sobre Miguel de Unamuno y su obra. Tras este ciclo de conferencias, Zambrano escribe, en el verano de 1940, uno de los trabajos más elocuentes sobre su relación con Puerto Rico, *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, que se imprimiría en La Habana, en los talleres La Verónica, de Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, en septiembre de este mismo año.¹ Este ensayo ha sido calificado por Madeline Cámara como «utópico» —acaso influido por la utopía de la teleología insular de José Lezama Lima—, pero en él Zambrano enfatizaba «el carácter de metamorfosis propio de las islas».² *Isla de Puerto Rico* está escrito en un momento de especial angustia, porque al dolor de la reciente derrota de la República se suma el del estallido de la Segunda Guerra Mundial, las arrolladoras victorias militares de los nazis en Europa, la ocupación alemana de París y hasta la evacuación de las fuerzas británicas de Dunkerque. Para combatir esa angustia, Zambrano elabora una «teoría de las islas» en la que estas se erigen como refugio y esperanza de la humanidad. Así lo ha recordado James Valender:

Puerto Rico constituye para la filósofa no solo una fuente de nostalgia personal, sino también, y sobre todo, un motivo de esperanza para todos. De hecho, al ensalzar los valores culturales de la isla, lo que se propone no es evadirse de los problemas actuales, sino, al contrario, reivindicar esos valores como armas con que combatir las fuerzas de destrucción que acechan al mundo.³

Aunque María Zambrano regresa a Cuba al término de este primer ciclo de conferencias, sigue colaborando con la Universidad de Puerto Rico como catedrática de Ciencias Sociales y profesora invitada en los cursos de verano, e imparte conferencias en el Ateneo, hasta 1945 —aunque no sin dificultades atribuibles a su condición de *roja*, a los ojos de algunos miembros de la Junta de Síndicos que gobierna la Universidad, como ha relatado Iliaris Alejandra Avilés-Ortiz—;⁴ firmando artículos en numerosas revistas boricuas, como *Caribe*, *Río Piedras*, *Escuela*, *Educación*, *Asomante*, *La Torre* y *Semana*; y publicando libros y ensayos, por encargo de la

1. Antes, el diario *El Mundo*, de San Juan, lo había publicado en dos entregas. *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor* ha sido reeditado en 2017 en España, con prólogo de Rogelio Blanco (Madrid, Vaso Roto).

2. Cámara, M., «María Zambrano en América Latina. La aurora que no cesa. Introducción», *Transatlantic Studies Network*, 13, Málaga, 2022, pág. 33.

3. Valender, J., «María Zambrano y su visión de América. Lectura de cuatro ensayos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2(58), México D.F., 2010, pág. 627. También Rogelio Blanco, en «Islitas de esperanza. *Terra ignota et locus amoenus homini*», prólogo de la reciente edición de *Isla de Puerto Rico*, subraya la noción de esperanza en la concepción insular de María Zambrano: son una «tabla de esperanza. En su caso, existieron las islas como “patria prenatal” y América como espacio propicio para soportar la brega del vivir. [...] [No obstante], más allá de lo personal, exige que “la isla maravillosa” sea un espacio ejemplarizante para proponer y concretar soluciones a fin de lograr “un mundo mejor” que sea un modelo mediador entre las “dos Américas”, entre el nuevo y el viejo continente, entre las culturas española y anglosajona...», en Zambrano, M., *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, *op. cit.*, pág. 20).

4. Avilés-Ortiz, I. A., «María Zambrano en la isla de Puerto Rico: crónica de una estancia particular», *Aurora. Papeles del Seminario María Zambrano*, 17, Barcelona, 2016, págs. 8-10.

5. Zambrano, M., «Artículos de la revista *Semana*», *Con Datos de Niebla. Revista de Literatura*, 21/22, Huelva, 2002, págs. 9-110.

6. Gómez Blesa, M., «Presentación», *Con Datos de Niebla. Revista de Literatura*, 21/22, Huelva, 2002, pág. 6.

administración portorriqueña, hasta 1965. En 1958, por ejemplo, aparece, con el sello del Departamento de Instrucción Pública de Puerto Rico, dirigido por Rafael A. Barreto, *Persona y democracia: la historia sacrificial*, y en 1963 empieza a colaborar asiduamente en la revista *Semana*, asimismo dirigida por Barreto. En *Semana*, María Zambrano publica un total de cuarenta y cinco artículos: el primero, «Josué y el pensar», el 9 de octubre de 1963; y el último, «Valle Inclán y la generación del 98», el 31 de marzo de 1965. Estos artículos se recogieron por primera vez, íntegramente, en la revista *Con Datos de Niebla*, en 2002.⁵

La pensadora se encuentra en Roma cuando los escribe. En estos mismos años, está trabajando en tres libros, fundamentales en su trayectoria: *El sueño creador*, *España, sueño y verdad* —ambos verán la luz en 1965— y *Notas de un método* —que lo hará en 1989—, con los que abrirá una nueva y definitiva etapa en su discurso filosófico, caracterizada, según Mercedes Gómez Blesa,

[...] por una poetización de su lenguaje en el que las metáforas y los símbolos sustituirán a los conceptos como vehículos del pensamiento, buscando esa anhelada *razón poética*, y en la que también se da una esencialización del pensamiento, entendiéndolo por tal la liberación de la necesidad de argumentar las verdades meramente intuitivas, la renuncia a convencer con razones de aquellos que es un descubrimiento íntimo, entrañado.⁶

Los artículos de *Semana* dibujan un amplio abanico de temas: hay algunos de carácter epistemológico, en los que Zambrano refiere la construcción del vacío interior necesario para que el espíritu —y la inteligencia— se abran a lo otro, a la realidad o realidades ajenas al imperio de la materia, para alcanzar —o para que *sucedan*— la verdad; otros exponen reflexiones metafísicas, antropológicas, psicológicas, históricas, políticas o, naturalmente, filosóficas; algunos se adentran en la historia de las religiones, o en la naturaleza del *logos* —las relaciones del lenguaje y la razón—, o en la constitución y desarrollo de la ciudad (un asunto que apelaba, sin duda, a quien había transitado por Europa y América, de ciudad en ciudad, desde 1939); y, finalmente, encontramos un conjunto de semblanzas de escritores españoles —Francisco de Quevedo, Ramón María del Valle-Inclán, José Ortega y Gasset, Emilio Prados—, al que se suman la del mexicano Alfonso Reyes y la del austríaco Wolfgang Amadeus Mozart.

Los cuatro textos de asunto *hispanoamericano* de esta dilatada serie de artículos, cuyo estilo y carácter poéticos constituyen el objeto específico del presente estudio, son: «Recuerdo de Alfonso Reyes», publicado el 26 de febrero de 1964; «El señor de la aurora», el 29 de abril de 1964; «El descubrimiento de América», el 7 de octubre de 1964; y «Muerte y vida de un poeta: Emilio Prados», el 14 de octubre de 1964. En el primero, María Zambrano traza una semblanza del

escritor mexicano, con el que estuvo amistado, y que había fallecido el 29 de diciembre de 1959, algo más de cuatro años antes. En este retrato, entrecruzado de recuerdos peripatéticos y meditaciones vagarosas, como solía, Zambrano privilegia la dimensión humana del personaje, limitando el examen de su obra a la consideración de «imperecedera». Alfonso Reyes era, así, «alguien que [sabía] desde dentro del corazón [...] que [vivía] de cara y desde el fondo, de cara a la realidad y desde el fondo de sí mismo [...], mas sin hundirse en él, sin rodar por abismáticas profundidades, sino generosamente y con mayor hombría [...], manteniéndose en su centro, que es lo más difícil» (41).⁷ Zambrano recuerda dos cosas que le había dicho su amigo. La primera: «María, dondequiera que exista hoy una persona, está llorando» (41), con la que aspiraba a diluir el dolor que entonces la aquejaba a ella —el de la derrota, el del exilio, el del desarraigo— en el dolor universal, presente en el «centro de la persona humana a quien todos los males del mundo afectan por igual; a quien no importa en qué situación y caso, el mundo hace llorar silenciosamente» (41). «Y me lo dijo sonriendo», añade María Zambrano, para continuar con un buen ejemplo de su pensar paradójico, del oxímoron constante de sus cogitaciones: «Y eso [...] fue lo que más me sacó de mi ensimismamiento peligroso. Porque me decía que [...] llorando, cuando se es persona cabal, hay que sonreír, sonreír sin dejar por eso de llorar» (41-42).

Reyes también le dice a Zambrano: «el indio que llevo dentro no me deja hacer filosofía» (42). Un indio «de esos que saben que lo más difícil es vivir, vivir como lo que se es y no se puede renunciar a ser, un hombre entre los hombres y que teme que el afán especulativo se alimente del inmediato y continuo sentir —ante la propia vida y ante la vida del otro, que no es “otro”, sino el prójimo, el hermano» (42), para, a continuación, rematar esta vitalista reflexión con una nueva demostración de la condición fluida, errática, irrestricta, a veces parece que sin bordes y sin arquitectura siquiera, de su pensamiento: «Todo esto y más aun pensé y he ido pensando sin acabar de pensar todavía» (42).

«El señor de la aurora» es una reseña del libro de Laurette Séjourné *El universo de Quetzalcóatl*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1962, con prólogo de Mircea Eliade. Zambrano examina, a través del ensayo de Séjourné, la figura divina de Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada del panteón mexica, heredada por los aztecas de la cultura náhuatl, y subraya su paralelismo con la figura de Jesucristo, que es hijo de Dios, Dios hecho hombre: Quetzalcóatl no es propiamente una divinidad, sino «un hombre-dios o un hombre que llegó a convertirse en un ser divino» (56); y el alma de ese hombre-dios, «antes de ascender a los cielos, descendió a los lugares de la muerte y de la oscuridad para rescatar a sus antepasados» (57). Quetzalcóatl es «una esplendorosa revelación de lo humano» (57). De hecho, toda la reseña constituye una defensa de la condición humana —y crítica— del dios: la Serpiente Emplumada

7. Indico entre paréntesis el número de la página en la que se encuentra la cita en la edición de *Con Dados de Niebla*. Así lo haré a lo largo de todo este trabajo.

se identifica con el sol, pero también crea un quinto sol, el «quincunce, [...] el propiamente humano, el del corazón convertido en luz, en conocimiento, en amor incorruptible» (57-58). Zambrano subraya asimismo el carácter esencialmente pacífico y *bueno* de Quetzalcóatl, y sostiene: «Los sacrificios por él ordenados no son los que más tarde, en la época guerrera, practicaban los sacerdotes cruentamente, como se sabe» (57).

«El descubrimiento de América» abunda en connotaciones crísticas y testamentarias. América, siguiendo una inveterada tradición, se identifica con el jardín del edén: con el lugar paradisiaco, inalcanzable pero real, en el que empieza la historia de la vida y el curso de la civilización. El hombre, movido por la libertad y la esperanza, dos impulsos esenciales para Zambrano, ansía encontrar esa misma libertad y esa misma esperanza en el Nuevo Mundo, que cifra todas las bondades de la Tierra:

La primera imagen [...] que del oro y de las cosas preciosas de América tuvieron los descubridores y los primeros conquistadores, fue una imagen no creada por la codicia, sino por ese anhelo de encontrar el tesoro que se esconde en la tierra. [...] Y ese tesoro es en realidad para el alma un trozo, un algo que ha quedado del Paraíso, pura materia terrestre, materia incorruptible. El ansia de libertad nació, en lo que al descubrimiento de las tierras de América se refiere, del anhelo de recuperar al fin una vida feliz, un presente gozoso que inaugurara un futuro libre de cuidados, de sombras, de sufrimientos, de ataduras. Una naturaleza acogedora donde el hombre fuera el hijo y no el extraño: un lugar anterior a la «caída» (69-70).

Ese jardín del edén, cuya primera manifestación son «las Islas» (así lo escribe Zambrano, con mayúscula inicial), como aquellas del Caribe en las que ella se refugió tantos años tras la debacle española y luego mundial —Cuba, Puerto Rico—, es, no obstante, y pese a constituir una obsesión existencial, un imposible humano, puesto que «el hombre no puede vivir en el paraíso; que allí donde va lleva su propio infierno; el infierno, es verdad, de la libertad y del anhelo de pureza que no lo deja. Pues que todo infierno humano no es sino la sombra y las entrañas intrincadas de un cielo» (70). Así, la libertad y la esperanza, el cielo y el infierno configuran, desgraciada o venturosamente, un triángulo que, como el símbolo de Dios Padre, se funde en una única realidad. Y Zambrano despide este artículo con una pregunta que es, en realidad, una premonición: recuerda primero el «¡Tierra!, ¡tierra!» de Rodrigo de Triana la madrugada del 12 de octubre de 1492, y cifra en ese grito «todo lo que el hombre espera y anhela del encuentro de la patria prometida, del jardín donde cielo y tierra, sin disensión, respiran en armonía; el lugar donde el hombre va, por fin, a poder él también respirar» (70); y después se pregunta, para terminar: «¿Será así cuando el hombre llegue a la Luna?» (70), menos de cinco años antes de que el ser humano, en efecto, llegase a la Luna, el 20 de julio de 1969.

«Muerte y vida de un poeta: Emilio Prados» es el último de los artículos de asunto específicamente hispanoamericano entre los publicados en *Semana*. Y lo considero así porque Prados —malagueño, republicano y exiliado, como Zambrano, con quien le unía una gran amistad y a quien esta consideraba uno de sus «hermanos poéticos»; los otros dos eran Rafael Dieste y José Bergamín— se estableció en México cuando abandonó España, tras una muy breve estancia en París, y allí vivió hasta su muerte, el 24 de abril de 1962. Antes de la elegía puertorriqueña de *Semana*, Zambrano ya había escrito un artículo dedicado a él, «El poeta y la muerte», publicado en *Cuadernos Americanos* a principios de 1963. Y años más tarde, en 1977, publicaría otro, compuesto en La Pièce (Francia) en octubre de 1976, en *Revista de Occidente* con el título «Pensamiento y poemas en Emilio Prados».⁸ Amén de la cercanía personal y la amistad franca, tanto estética como ideológicamente Zambrano y Prados compartían influencias, entre las que destaca la mística —san Juan de la Cruz— y las tradiciones de lo irracional, desde los autores románticos hasta el surrealismo, de perceptible ascendiente en Prados. Además, ambos se habían empapado del pensamiento alemán: Zambrano, entre cuyos filósofos de cabecera figuran Friedrich Nietzsche, Friedrich Schiller, Ludwig Wittgenstein, Martin Heidegger, Ernst Bloch y Walter Benjamin, a través del magisterio de Ortega y Gasset; y Prados, por sus estudios, en 1922, en la Universidad de Friburgo de Brisgovia, donde enseñaba Edmund Husserl y estudiaba Heidegger, y donde se interesa especialmente por Baruch Spinoza, Georg W. F. Hegel y los románticos germanos, sobre todo Novalis.

En «Muerte y vida de un poeta: Emilio Prados» —escrito a principios de 1963, como revela la autora, aunque se publicase a finales de 1964—, Zambrano subraya, muy donosamente, la vocación total de poeta que animaba a Prados, su condición de «exilado» puro y su austeridad existencial: «vivía de casi nada, sin casi nadie, sin dónde apenas»; tres características permeadas de soledad, como siempre subrayó Zambrano en sus trabajos sobre el poeta de Málaga:

La soledad de Emilio Prados era quizás la del exilado total, aquel que se aparta del lugar propio para quedar a la intemperie, entre cielo y tierra, sin clase social de origen y sin ninguna otra, sin asidero, como si empezase a nacer cada día. En ella [...] todo hierde como al recién nacido le debe de pasar, y ni los sucesos ni los seres vivos se consolidan en cosa habitual (72).

Y a esta soledad dio curso en su tratamiento de los dos grandes asuntos de su poesía, que son, probablemente, los dos grandes asuntos de toda poesía: el tiempo «—su primer libro se titula *Tiempo*—, el ser, el corporal, el del alma, el del universo» (73) y el amor, «que, sin lograrse, todo lo trasciende, el amor que es fraternidad, que busca la comunión total» (73). Ambos «fueron hasta el final no ya los temas de su poesía, sino la vida misma de Prados» (73).

8. Zambrano, M., «El poeta y la muerte», *Cuadernos Americanos*, 1, 1963, págs. 162-167. Luego se publicó en *España, sueño y verdad* con el título «El poeta y la muerte. Emilio Prados» (Barcelona, Edhasa, 1965, págs. 161-171), en *Litoral* (100-102, 1981, págs. 141-148) y en *Andalucía, sueño y realidad* (Granada, Editoriales Andaluzas Unidas, 1984, págs. 109-118). El artículo de Zambrano «Pensamiento y poesía en Emilio Prados» (*Revista de Occidente*, 15, 1977, págs. 56-59) también apareció como prólogo de la obra de Emilio Prados *Circuncisión del sueño* (Valencia, Pre-Textos, 1991, págs. 5-14). Ambos artículos se recogen en Zambrano, M., *Algunos lugares de la poesía*, Ortega Muñoz, J. F. (ed.), Madrid, Trotta, 2007.

María Zambrano, en estos artículos de Puerto Rico y en toda su obra, filosófica y literaria, fue una pensadora poética, en el doble sentido de la expresión: una pensadora de la poesía y una pensadora que, para pensar, utilizaba las armas de la poesía. Su estilo nunca se confina en los modos férreos del positivismo, la lógica o cualquier otro código meramente racional de pensamiento, pese a los ascendientes alemanes que hemos indicado, ni siquiera en los cauces académicos admisibles —y esperables— en cualquier centro de enseñanza superior. Por el contrario —y probablemente influida por su maestro Ortega y Gasset, que era, además de un gran razonador, un gran metafórico—, su pensamiento se abandona a un fluir sinuoso y reduplicativo, atravesado de paradojas y enumeraciones, de imágenes y coloquialismos (en «Recuerdo de Alfonso Reyes» encontramos la palabra «tántico»: «me sirvió un tantico, pues nunca lo he olvidado» [42]): de todo aquello que transforma la palabra en idea —y en sentimiento—; de todo cuanto hace de la palabra un arborecer sensible y musical; de todo cuanto privilegia la emoción antes que la sola razón. Su aproximación al objeto tratado es siempre, esencialmente, lírica: persigue la multiplicación significativa que concita la analogía y la sorpresa del hallazgo verbal, que es también, en su caso, un hallazgo conceptual, y no elude los espacios abiertos, ilimitados, en penumbra —o incluso en tiniebla—, sin apoyos matemáticos, asentados solo en su propio discurrir, en su propia búsqueda de nuevos meandros que descubran nuevos paisajes mentales. Para ello, Zambrano suele recurrir a algunos mecanismos de la dicción o figuras retóricas que explican la textura intensamente poética de su razonar, y que podemos cifrar en cuatro principales: la metáfora, la personificación, la paradoja y la repetición —en un sentido amplio, que abarca la repetición *sensu stricto*, la políptoton y la enumeración—, aunque muchos otros recursos expresivos subrayan esa condición lírica, como la comparación, el polisíndeton y la similitud.

La primera de las figuras mencionados es la metáfora, el tropo por antonomasia de la poesía. La encontramos en «Recuerdo de Alfonso Reyes», donde conocemos «la transparente máscara de su sonrisa» (42) —una metáfora de complemento preposicional, una suerte de imagen muy cara a Ortega y Gasset, y al mismo tiempo fuertemente paradójica—. En «El descubrimiento de América», leemos que el tiempo, «no hollado por el hombre» (68), es tierra —espacio, como predica la física cuántica—, ínsito en una hermosa políptoton: «tierras vírgenes [...]; virginidad de la tierra» (68); y que algunos presentimientos —que son sentimientos, precisa paronomásticamente Zambrano— «brotan del manantial de la esperanza» (69), una nueva metáfora de complemento preposicional.

Mediante personificaciones, Zambrano también confiere una fuerza especial a algunas realidades cuya impronta en la percepción y el pensamiento hace decisiva. Así, en «El descubrimiento de América», las noches a las que se enfrentaron los descubridores y los conquistadores —con estos términos que hoy son tan contestados, pero que

en los sesenta formaban parte del léxico comúnmente aceptado— están «cuajadas de estrellas inmediatas, palpitantes, vivas; esas noches de las Antillas en las que se llega a sentir el respirar de las estrellas, como se siente el respirar de esas flores blancas, las flores de algunos cactus que solamente de noche se abren» (70). Las estrellas, pues, laten y respiran, como organismos animales, como seres vivos, igual que las flores blancas de los cactus. Todavía en este artículo, Zambrano describe el infierno como «las entrañas intrincadas de un cielo» (70): de nuevo, una realidad astral —y también metafísica— se vuelve cuerpo: tiene tripas, y enredadas.

La paradoja, entendida en su sentido más amplio, como el instrumento unitivo que nos permite superar la disociación a que nos condena el ser, la sensación de que vivimos escindidos de algo que no sabemos definir, pero que percibimos con rotundidad y que define dolorosamente nuestro estar en el mundo y en nosotros mismos; la paradoja, en cualquiera de sus formas, pretende la *concordia oppositorum*, la reconciliación de los contrarios, que nos redima de la fractura que somos. El principio de «Recuerdo de Alfonso Reyes» ilustra bien el procedimiento en Zambrano: «en ese espacio claro que le hacía tan visible» (41), declara esta, «dentro del cual se diría que desapareció su vida para dejarnos su ser. Pues que la muerte hace eso con las personas más que maduras [...] dejárnoslas lejos y cerca, al par en su soledad última que es también su casi perfecta visibilidad» (41). Con el apoyo de las políptotos —de las que hablaremos luego: «visible»/«visibilidad», «dejarnos»/«dejárnoslas»—, Zambrano dibuja al alguien desaparecido, pero visible; al alguien que ya no vive, pero que aún es; al alguien que está lejos y, al mismo tiempo, cerca. Estrictas imposibilidades lógicas que la poesía vuelve no solo posibles, sino también necesarias. En «El descubrimiento de América», las duplas antitéticas asoman también nada más empezar: «Todavía el descubrimiento entre todos es el de esas tierras que eran más que tierras, sin dejar de serlo» (68). Algo más adelante, encontramos un sentimiento de la libertad que «lleva a la lucha sin fin, a esa lucha en la cual se ofrece la vida, toda la vida, incluida la muerte» (69), un oxímoron en el que late el pensamiento de Séneca y el existencialismo contemporáneo; y un sentimiento que solo podía haber surgido en el Renacimiento, explica Zambrano, cuando el hombre europeo había vuelto los ojos a un presente «que inauguraba el futuro. Un inédito futuro, no habido todavía en el mundo» (69). En fin, cielo e infierno, sombra y paraíso, se entrelazan en este artículo como opuestos que conviven: «El hombre no puede vivir en el paraíso; que allí donde va lleva su propio infierno; el infierno, es verdad, de la libertad y del anhelo de pureza que no lo deja. Pues que todo infierno humano no es sino la sombra y las entrañas intrincadas de un cielo» (70). La repetición de «infierno» y las similitudines subrayan el impulso poético: «vivir»/«paraíso»/«allí»; «verdad»/«libertad»; «pureza»/«deja»; «entrañas intrincadas»; «infierno»/«anhelo»/«cielo». En «Muerte y vida de un poeta: Emilio Prados», también hallamos demostraciones

del pensamiento paradójico de María Zambrano, tan fecundo, de nuevo al principio del texto, como un golpe de diapasón, como si quisiera marcar con el temblor de la antítesis el tono general del discurso: el mito de Federico García Lorca revela la poesía española al mundo, pero también oculta a una constelación de poetas que como él la sostenían, y lo oculta a él mismo; el mito será luminoso mientras la figura y la poesía de Lorca permanezcan en la oscuridad; y Prados, ese ser que «vivía de casi nada, sin casi nadie, sin dónde apenas, [...] vivía en realidad con todo y con todos», en una «soledad que se llenaba de compañía» (71).

Los mecanismos de la repetición —exacerbación del *coupling* o emparejamiento teorizado por Samuel R. Levin— son los más abundantes en estos artículos de *Semana*. La repetición adensa y apunala el significado y, con él, el impacto emocional de lo afirmado, cuya intensidad se equipara, así, a la del impacto intelectual. Zambrano suscribe la máxima de Miguel de Unamuno, otra de sus figuras rectoras, quien defendía que había que sentir el pensamiento y pensar el sentimiento, y lo manifiesta expresamente en ocasiones, como en «El señor de la aurora», donde sostiene que la figura de Quetzalcóatl queda descifrada «por obra de una apasionada inteligencia llena de objetividad» (56), esto es, por la fusión adecuada de razón y pasión, de emoción e inteligencia. A veces, la repetición es directa, una mera iteración del vocablo o la expresión. En «Recuerdo de Alfonso Reyes», leemos: «Sabía yo que era de esos elegidos, que viven de cara y desde el fondo; de cara a la realidad y desde el fondo de sí mismo. Desde el fondo de sí mismo vivía» (41); y también: «Porque me decía más de lo que me decía; me decía que llorando cuando se es persona cabal, hay que sonreír, sonreír sin dejar por eso de llorar» (42), lo que constituye asimismo una paradoja. En «El descubrimiento de América», las repeticiones se suceden al tiempo que se suceden las ideas, encadenadas a ellas. Zambrano salta de la ciencia al presentimiento y el sentimiento (entrelazados, a su vez, por la homofonía); de ahí, a la imagen y, por fin, a la libertad y la esperanza. Y los seis vocablos reaparecen sin cesar, convocados casi como letanía, y engarzándose unos en otros:

Un *presentimiento*, aunque en Colón hubiera mucha *ciencia*, *ciencia* secreta, de remotos orígenes y *ciencia* «científica» [...] el *presentimiento* es, ante todo, un *sentimiento*. Un *sentimiento* que busca y aun prefigura su objeto. Un *sentimiento* que se nutre de sí mismo y que crea su *imagen*; esa *imagen* que todo *sentimiento* necesita. Una *imagen* análoga a la de los sueños, cargada de fuerza, una *imagen* que gobierna el ánimo. Pero hay *presentimientos* que [...] tienen su origen en la *esperanza*, brotan del manantial de la *esperanza*. Y la *esperanza* es ya en sí misma *libertad*. El *presentimiento* de América fue de estos: un *presentimiento* de *libertad*. Mas la *libertad*, a su vez, puede brotar de la *esperanza* (69).

En otras ocasiones, Zambrano recurre a la políptoton, esa figura retórica que consiste en emplear palabras de la misma raíz, pero

diferenciadas en los morfemas flexivos. De hecho, es uno de los instrumentos expresivos preferidos por la poeta. En los dos párrafos finales de «Recuerdo de Alfonso Reyes» encontramos, en un marco de paralelismos y correspondencias, una verdadera cadena de políptotos, en la que se engarzan también varios eslabones de geminaciones (y similitudines):

[...] daba por *sabida* la filosofía y por *insabida* la vida; uno de esos que *saben* que lo más difícil es *vivir*, *vivir* como lo que se *es* y no se puede renunciar a *ser*, un *hombre* entre los *hombres* [...] ante la propia *vida* y ante la *vida* del *otro*, que no es «*otro*», sino el prójimo, el hermano. Todo esto y más aún *pensé* y he ido *pensando* sin acabar de *pensar* todavía. *Descubría* yo entonces y no he acabado de *descubrir* ese enigma. [...] ¿*Y entonces?* *Y entonces*, ¿quién no nos deja *hacer* filosofía, *haciéndola?* Nada se ha perdido en el caso de Alfonso Reyes, que *hizo*, escribió, padeció [...] todo lo que *debía*. Y lo que *debía*, lo que se *debe* [...] es ir ofreciendo sin *vencimiento*: no ser ni *vencido* ni *victorioso*; estar más allá de la *victoria* y derrota (42).

Otro rasgo peculiar de María Zambrano en estos artículos es la tendencia a repetir la conjunción «y», que unas veces se dispone como polisíndeton y otras, como anáfora. La influencia de los versículos de la Biblia, cuyo desarrollo narrativo depende enteramente de esta insistencia copulativa, es manifiesta en la obra de la autora de *Claros del bosque*. En el párrafo inicial de «Muerte y vida de un poeta: Emilio Prados», dedicado, como ya hemos visto, a la transformación de Lorca en mito y al hecho de que esa mitificación haya ocultado a otros poetas de su generación, como el propio Prados, hallamos estas tres «y» que hilvanan discursivamente el conjunto y que se prolongan con una cuarta al principio del párrafo siguiente: «Y, así, al mismo tiempo que revelaba, ocultaba. [...] Y él mismo quedó en parte oculto. [...] Y gracias a eso, a que la figura y la poesía de Lorca sea un misterio. [...] Y decir poesía es decir poetas» (71). Cabe destacar también la presencia de políptotos («ocultaba»/«oculto», «poesía»/«poetas», «símbolo»/«simbólicos») y otras repeticiones («destino», «mito», «poesía») en el pasaje, y la fuerza significativa de la selección léxica final, que repite, esta vez semánticamente, la noción de luz: «el mito conservará su sustancia, y el resplandor y la cegadora luz que de él ha irradiado, se irá tornando en perenne claridad» (71).

El gusto por el sostén copulativo y la coordinación lleva a otro recurso, eminentemente poético, que también practica María Zambrano, aun en trabajos breves, como los artículos de *Semana*: la enumeración. Esta figura retórica constituye igualmente una forma de repetición: no léxica, o no solo léxica, sino fundamentalmente sintáctica. La enumeración sirve para concretar el mundo y para alterar el ritmo (también para suscitar el trance, pero de esto no nos ocuparemos aquí, porque no creemos que María Zambrano lo pretendiese en ninguno de estos trabajos). Por inabarcable o inconcreto que sea lo que queramos decir, la enumeración lo vuelve

9. Gómez Blesa, M., «Presentación», *Con Dados de Niebla. Revista de Literatura*, 21/22, Huelva, 2002. En el original, se lee «sintexis». Se trata de una de las faltas de ortografía más garrafales de los artículos examinados, producto de una ultracorrección. La corrijo en la transcripción. Lo mismo me he permitido hacer con otras, y con los numerosísimos errores de puntuación, que afligen a los textos. En general, los editores de las obras de Zambrano no suelen revisar sus creaciones, sino que acuden al socorrido respeto por el original y la «singular» ortografía de la autora para no enmendar lo que son indudables pifias ortográficas, y Mercedes Gómez Blesa no es una excepción: «En todo momento hemos respetado la ortografía y la peculiar puntuación de María Zambrano en estos escritos», dice en su presentación de la edición (pág. 9). Sorprende, no obstante, que haya señalado con un «sic» el error de escribir «pasageramente» (72), en «Muerte y vida de un poeta: Emilio Prados» —el único «sic» en los cuatro artículos—, y no lo haya hecho con esta visualmente dolorosa «sintexis». En los artículos de *Semana* analizados, además de los descuidos léxicos, advertimos que Zambrano tenía una deplorable tendencia a tildar palabras que no lo requerían (la conjunción adversativa «mas» o el adverbio «aun» cuando es sinónimo de «incluso»), pero también a no tildar otras que sí lo exigían (el adverbio «sí», el adverbio exclamativo «dónde» o el pronombre exclamativo «quién»); concordancias equivocadas («ese aura luminosa» [41]); redundancias innecesarias («se alza hacia arriba» [58]); una miríada de comas que faltan o, por el contrario, que sobran, algunas de ellas de carácter criminal, entre sujeto y verbo («decir poesía, es decir poetas...» [71]) o entre verbo y complemento directo («ha merecido, la vida, ese difícil don» [41]); y, lo que acaso sea peor, algunos anacolutos («investigadores de diversas nacionalidades habían fijado sobre su mirada, sobre esta extraordinaria figura llena de enigmas...» [56]; «la sonrisa de las gentes que a quienes de tan lejos y de tan distinto mundo llegaban...» [70]). Esta sorprendente falta de pulcritud formal en una escritora tan lúcida y profunda como María Zambrano podría resolverse sin dificultad con una adecuada edición de sus textos, que en el caso de estos artículos de la revista *Semana* es obvio que no se ha dado, ni por parte de la propia *Semana* ni, posteriormente, de *Con Dados de Niebla*.

decible: disgregándolo, lo reconstruye; parcelándolo, lo totaliza. La enumeración es otro instrumento alumbrado por la inteligencia que, por una parte, nos permite llegar a donde nuestra sola naturaleza no nos permite hacerlo, como el microscopio, el telescopio o el periscopio. Y, por otra parte, la enumeración tiene una esencial función rítmica; interrumpe la construcción subordinada de los versos y la progresión cronológica (o simplemente lógica) de la obra, y nos sume en un flujo acumulativo, gobernado por la coordinación, que puede —o no— apoyarse en las conjunciones, como ya hemos visto, y en cuyo interior se deslinda cuanto integra lo pensado o percibido, pero que se extiende por la página, acelerando o refrenando el discurso. Como herramienta rítmica, la enumeración cumple otra función no menos importante: nos facilita el goce de la palabra por el mero placer de la palabra, de su constitución sonora, de su eufonía. La omisión de los nexos, de la puntuación, de la ilación sintáctica y la reducción del texto a una sucesión de golpes, los que dan las palabras —los que *son* las palabras—, enfrenta al oído a la condición medular del lenguaje: al son y la cadencia, al color y el volumen, a la aspereza y el placer. En las mejores enumeraciones, al final no nos importa lo que el autor nos está revelando, sino solo lo que estamos oyendo. En «Recuerdo de Alfonso Reyes», que la obra y la historia personal del escritor mexicano se hubieran fundido en una sola es un suceso «que es un modo de estar en la vida, en el espacio, en el tiempo, en la ocupación y la preocupación» (41), una enumeración a la que remacha la paronomasia final (a la que ya sabemos aficionada a Zambrano, que la reitera con «sentimiento/ presentimiento», como ya hemos visto, en «El descubrimiento de América»). «El señor de la aurora» está salpicado de pequeñas enumeraciones, como si Zambrano quisiera abreviar, con estas listas, una historia milenaria e inabarcable: los pueblos mesoamericanos dejaron «constancia de sus creencias más íntimas, de su modo de vivir, de su pensamiento» (56); la cultura alumbrada por Quetzalcóatl dio lugar a «construcciones extraordinarias, palacios, templos, ciudades, arte en todas sus diversas formas» (57); el quinto sol creado por la Serpiente Emplumada «es el propiamente humano, el del corazón convertido en luz, en conocimiento, en amor incorruptible» (58); y la conjunción de los dos animales que se reúnen en ella, el pájaro y la serpiente, «es la síntesis,⁹ la unidad de la vida y del espíritu, el rescate, al hombre encomendado, de la naturaleza que constituye así el verdadero destino humano: transformar la vida que se arrastra ciega en luz y conocimiento; en una luz que crea un orden entre cielo y tierra: en una armonía» (58). En «El descubrimiento de América», «iba este hombre en busca, sí, de las “especies”, de algo precioso, de un tesoro escondido en otras tierras» (69), impulsado por un ansia de libertad que era, en realidad, «el anhelo de recuperar al fin una vida feliz, un presente gozoso que inaugurara un futuro libre de cuidados, de sombras, de sufrimientos, de ataduras» (69). Y en «Muerte y vida de un poeta: Emilio Prados», como en el resto de los artículos analizados, la enumeración permite a María Zambrano prolongar su pensamiento: le abre un cauce de

semejanzas por el que discurre su razón expansiva y multifacetada, sin perder de vista el núcleo del discurso. Esta prolongación se pone al servicio, en este texto, de la caracterización humana de Emilio Prados, subrayando su fraternidad, su capacidad de diálogo, su apertura a los demás, rasgos todos ellos que conviven, paradójicamente, con su soledad:

Vivía en realidad con todo y con todos; con sus innumerables amigos y con el primer desconocido con quien por azar cruzara la palabra; con los que en el mercado le vendían sus parvos alimentos, con el cartero que le llevaba la carta, con el mendigo al que solo él sabía hacer hablar, con los niños que se pegaban a él, sin saber quién era (71).

El último párrafo de «El señor de la aurora» es paradigmático, asimismo, del uso de la enumeración y, en un sentido más amplio, de los paralelismos sintácticos, caros a Zambrano, que dan cauce a la recurrencia de su pensamiento, a su tesón connotativo, nuclearmente lírico.

Sabemos que la transformación de un hombre en un astro no es posible. [...] Pero sabemos también que esto puede suceder si lo entendemos como un símbolo, como una felicísima imagen de la acción del hombre, de su destino cumplido. Del hombre que no abandona la naturaleza, sino que la rescata; del que no rechaza la muerte, sino que la asume. Del que hace del centro de su ser [...] un lugar luminoso; una luz que ha de hacer él mismo. Pues que el hombre no solamente ha de recibir la luz, sino que ha de hacerla; no solo ha de aceptar el orden que encuentra, sino que ha de crearlo, creándolo en su perenne aurora (58).

Las dos primeras oraciones aparecen regidas por «sabemos». La segunda de ellas se desdobra en dos símiles: «como un símbolo» y «como una felicísima imagen», y este último, a su vez, en dos complementos preposicionales: «del hombre» y «de su destino cumplido». Así pues, la idea de «saber» que ha abierto el párrafo se ramifica y subdivide hasta conformar un tupido, aunque necesariamente breve, paisaje. Obedece, así, al desarrollo multiplicativo, ecoico, del pensamiento de Zambrano, que nunca parece encontrar el momento de dar con un punto. En el párrafo transcrito, uno de los complementos preposicionales utilizados, «del hombre», sirve para reemprender —y ampliar— el discurso: se dispone anafóricamente, es decir, se repite en las tres oraciones siguientes, de las que las dos primeras siguen una estructura igual, bímembre y dividida por la conjunción adversativa «sino»: «Del hombre que no abandona la naturaleza, sino que la rescata; del que no rechaza la muerte, sino que la asume. Del que hace del centro de su ser». Atravesamos luego la aliteración de /lu/ («un lugar luminoso; una luz») para llegar al final del pasaje, donde chisporrotean, una vez más, las repeticiones («hombre», «luz», «solamente»/«solo», «ha de») y las políptotos («hace»/«hacer»/«hacerla», «crearlo»/«creándola»), y se reitera la

estructura adversativa antes empleada: «el hombre no solamente ha de recibir la luz, sino que ha de hacerla; no solo ha de aceptar el orden que encuentra, sino que ha de crearlo». A todo lo cual se suma, como ya sabemos, una lacónica profusión de recursos sonoros, como la aliteración, ya indicada, y la similicadencia, tan característicos del verso: «puede suceder si lo entendemos», «destino cumplido», «rescata»/«rechaza», «muerte»/«asume», «ser»/«hacer»/«pues».

Al final del tercer párrafo de «Muerte y vida de un poeta: Emilio Prados», se reúnen muchos de los mecanismos expresivos analizados en este trabajo: el símil, la enumeración, la políptoton, la repetición y la paradoja, entre otras figuras de la dicción. Zambrano los utiliza para subrayar el desvalimiento de aquel de quien habla y para intensificar el impacto emocional de su descripción. Dice Zambrano:

La soledad de Emilio Prados era quizás la del exilado total, aquel que se aparta del lugar propio para quedar a la intemperie, entre cielo y tierra, sin clase social de origen y sin ninguna otra, sin asidero, como si empezase a nacer cada día. En ella, todo se aparece como un milagro renovado, como su quintaesencia, todo hierre como al recién nacido le debe de pasar, y ni los sucesos ni los seres vivos se consolidan en cosa habitual. Aun estando la vida del que en este modo de soledad vive compuesta de gestos y acciones sin relieve y siempre los mismos, son nuevos siempre (72).

A la hipérbole, y a la lógica imposible, de «quedar a la intemperie, entre cielo y tierra», sigue una primera enumeración, encabezada por la preposición «sin»: «sin clase social de origen y sin ninguna otra, sin asidero», que subraya la falta, la ausencia, que caracterizaba la vida de Emilio Prados; una preposición a la que refuerza otra duplicación, la de la conjunción «ni», asimismo denotativa de una carencia: «ni los sucesos ni los seres vivos», y que vuelve a aparecer al final del párrafo: «sin relieve». El término que sostiene todo el párrafo, «soledad», aparece dos veces; también el sustantivo «todo» y el adverbio «siempre», ambos categóricos, definitivos, como la propia soledad, y el segundo, además, integrante de la paradoja que pone fin al fragmento: los gestos del solitario «son siempre los mismos, [pero] son nuevos siempre». Y la políptoton, que supone asimismo una repetición, aunque flexivamente matizada, se hace más frecuente según avanzan las líneas: «nacer»/«nacido», «vivos»/«vida»/«vive». Las comparaciones, en fin, jalonan el pasaje, incidiendo en la inocencia y la esencialidad, y formando, a veces, microenumeraciones: «como si empezase a nacer cada día. [...] como su quintaesencia, [...] como al recién nacido le debe de pasar». Subrayaré también otra figura retórica presente al principio del pasaje, que corrobora su condición lírica: la similicadencia, fundada en una «a» oxítona: «soledad»/«total»/«lugar»/«quedar»/«social», y que encuentra un eco o continuación un poco más adelante: «pasar»/«habitual»/«soledad».

No solo la razón poética permea el pensamiento de María Zambrano, sino también su estilo, a medio camino entre la prosa y el verso, entre el ensayo y el poema, como este sucinto análisis de cuatro de los artículos de la revista puertorriqueña *Semana* —reveladores de su interés por todo lo referido a lo hispanoamericano— ha tratado de demostrar. Los instrumentos de la poesía —tropos, emparejamientos, música— ensanchan la capacidad connotativa de su prosa y la dotan de una profundidad y un brillo singulares. Con ellos ha labrado la escritora de Vélez-Málaga una de las más luminosas obras ensayísticas y líricas del siglo xx español.

Bibliografía

- Avilés-Ortiz, I. A., «María Zambrano en la isla de Puerto Rico: crónica de una estancia particular», *Aurora. Papeles del Seminario María Zambrano*, 17, Barcelona, 2016, págs. 6-19. Disponible en: <https://raco.cat/index.php/Aurora/article/view/317356> (consulta: 19/8/2024).
- Blanco Martínez, R., «Islitas de esperanza. *Terra ignota et locus amoenus homini*», en Zambrano, M., *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, Madrid, Vaso Roto, 2017, págs. 7-21.
- Cámara, M., «María Zambrano en América Latina. La aurora que no cesa. Introducción», *Transatlantic Studies Network*, 13, Málaga, 2022, págs. 29-36, DOI: <https://doi.org/10.24310/TSN.2022.v7i13.16359>.
- Gómez Blesa, M., «Presentación», *Con Datos de Niebla. Revista de Literatura*, 21/22, Huelva, 2002, págs. 5-8.
- Valender, J., «María Zambrano y su visión de América. Lectura de cuatro ensayos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2(58), México, 2010, págs. 619-643, DOI: <https://doi.org/10.24201/nrfh.v58i2.991>.
- Zambrano, M., «Artículos de la revista *Semana*», Gómez Blesa, M. (ed.), *Con Datos de Niebla. Revista de Literatura*, 21/22, Huelva, 2002, págs. 9-110.
- , *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, Blanco, R. (prólogo), Madrid, Vaso Roto, 2017, págs. 23-68.



Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>).